

HABIA dispuesto poco antes de morir que, sobre su losa sepulcral, no se grabasen fechas ni epitafios grandilocuentes, ni frases luctuosas. Solamente su propio nombre: Gustav Mahler. «Los que me busquen —había explicado— sabrán quién era yo; los otros no tienen necesidad de saberlo». En una intuitiva explosión de orgullo y humildad, Mahler había presentado su tardía resurrección. Porque, a raíz de su muerte, y a pesar de las predicciones de Richard Strauss y de los heroicos esfuerzos de Bruno Walter, las obras de Mahler fueron cayendo en un olvido inexorable. Por una parte, conviene tener en cuenta que las dificultades interpretativas y la exigencia a veces de medios materiales muy superiores a los habitualmente empleados (por ejemplo, la interpretación de la «Octava Sinfonía» requeriría teóricamente casi un millar de ejecutantes) constituían graves obstáculos para la difusión de las obras de Mahler. Por otra parte, la ideología germánica del período de entreguerras, paulatinamente invadida por extremismos racistas, rechazaban sistemáticamente los productos de aquellos artistas que, como Mahler, eran judíos. Por último, la eclosión de las nuevas tendencias sonoras relegaba en cierto modo a segundo plano de actualidad las obras inscribibles en un romanticismo tardío.

Pero, de un tiempo a esta parte, Gustav Mahler se ha puesto de moda. En este último lustro, Mahler ha sido el autor más interpretado por las orquestas de los países occidentales. Las casas discográficas han realizado grabaciones masivas de la obra mahleriana (aún está «caliente» la grabación de las diez «Sinfonías» a cargo de Rafael Kubelik y la Orquesta de la Radio-difusión Bávara). El director cinematográfico Lucchino Visconti ha utilizado, con una gratitud que Thomas Mann hubiera calificado de irreflexiva, la figura y la música de Mahler para reconstruir el Gustav Aschenbach de «Muerte en Venecia»...

En nuestro país, la resurrección «oficial» de Mahler es un fenómeno cultural al que venimos asistiendo desde hace algunos meses. En los conciertos de la Orquesta Nacional, Mahler ha arrinconado a los compositores tradicionalmente programados. En las discotecas, las grabaciones de las obras de Mahler son promocionadas con gran aparato publicitario. El rostro del compositor se exhibe en los escaparates y en las revistas ilustradas. Si 1970 fue el año de Beethoven, 1971 ha sido el año de Mahler. No hay que darle más vueltas a la cuestión: en España, Gustav Mahler ha resucitado sesenta años después de su muerte.

«Yo soy un compositor de verano...»

«Si el Jurado del Conservatorio —escribía Mahler en 1898 a la violinista Natalie Bauer-Lechner— me hubiese concedido el Premio Beetho-



LA RESURRECCION DE GUSTAV MAHLER

SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS

ven por «Das Klagende Lied», mi vida entera habría seguido un curso diferente. No me hubiera visto obligado a ir a Laibach, y me hubiese ahorrado esta maldita carrera operística. Pero fue Herzfeld el que obtuvo el premio, y Rott y yo nos fuimos con las manos vacías... Rott, desesperado, murió loco poco después, y en cuanto a mí, es-

tuve (y aún estoy) condenado al infierno de la vida teatral...».

En 1881, Mahler había presentado su primera composición importante, «Das Klagende Lied» («La canción del lamento»), al premio que anualmente otorgaba el Conservatorio de Viena a sus alumnos o antiguos alumnos. El historial de Mahler era excelente: había obtenido

en 1876 el premio de interpretación y de composición; en 1877, el premio de interpretación, y en 1878, el de composición. Sin embargo, el Jurado, presidido por Johannes Brahms y Eduard Hanslick, descalificó la obra de Mahler y concedió el valioso galardón al mediocre compositor y violinista húngaro Viktor Herzfeld. Para resolver sus acuciantes problemas económicos, Mahler se vio forzado a aceptar el puesto de director de orquesta en el insignificante teatro de ópera de Laibach. A partir de ese instante, la vida de Mahler transcurrirá entre telones y bambalinas: Olmütz, Casel, Praga, Leipzig, Budapest, Hamburgo, Viena... son las estaciones de un trayecto angustioso, emprendido con la ingrata certeza de saber que se van a malograr un tiempo precioso y unas energías orientadas biológicamente hacia muy distintos fines. «Yo no tengo más que un deseo —escribe Mahler en 1896 a Bernard Pollini, director del teatro municipal de Hamburgo—: trabajar, rodeado de hombres simples e ingenuos, en un pueblecito carente de «tradiciones» y de defensores de las «leyes eternas de la belleza»; satisfacer así, en un círculo reducido, a mí mismo y a la minoría capaz de seguirme. Y si fuese posible, nada de teatro y... ¡nada de «repertorio»...!».

Desgraciadamente, Mahler nunca pudo alcanzar tales objetivos. A lo largo de la temporada regular de teatro, Mahler se ve forzado a ocuparse de ensayos e interpretaciones de óperas y conciertos. Por eso, la inmensa mayoría de sus obras están compuestas durante los meses de verano. Recluido en una casa de campo, en contacto directo con la Naturaleza —en Saizkammergut o en Maiernigg, en Toblach o en Dobbiacco—, Mahler olvida por unos meses ese rutilante y falso universo de «prima donnas» y «divos» insolentes e infatuados. Mahler es, sin lugar a dudas, un director de orquesta nato, un superdotado de la batuta; pero comprende que su verdadero destino es el de la creación. Cuando, transcurrido el verano, comienza la temporada de ópera, regresa al teatro e impone una férrea disciplina a cantantes e instrumentistas. «En cada ejecución —dice Mahler a los intérpretes—, la obra debe nacer de nuevo». Su inflexibilidad como director de orquesta da lugar a polémicas, habladurías y altercados; las caricaturas de la época le retratan como a un monstruo feroz de ojos irascibles y negra melena rebelde. «Como ser humano, hago todas concesiones; como artista, ninguna», proclama a los cuatro vientos.

Poco antes de cumplir los cincuenta años, incrementa su ritmo de trabajo como director de orquesta. Pretende reunir el dinero suficiente para poder «retirarse» y dedicarse exclusivamente a la composición. Ha recurrido toda Europa dirigiendo conciertos. Cruza el Atlántico y dirige varios conciertos en Estados Unidos; la experiencia ultramarina le decepciona: «Mi orquesta —escribe en 1909 a su discípulo y amigo Bruno Walter— es típicamente americana: sin talento y sin espíritu...». Sin embargo, no abandona el empeño: necesita dinero

**«YO SOY TRES VECES APATRIDA:
COMO NATIVO DE BOHEMIA, EN AUSTRIA;
COMO AUSTRIACO, EN ALEMANIA;
COMO JUDIO EN EL MUNDO ENTERO».**

GUSTAV MAHLER

para vivir entregado únicamente a la creación. Aunque se halla ya al borde de la muerte, se aferra desesperadamente a la vida: «Veo todo de otra manera... Tengo, más que nunca, sed de vida... ¡Es extraordinario! Cada vez que oigo música o que la dirijo, percibo las más claras respuestas a todos mis problemas...».

Gustav Mahler es acaso el primer compositor de la historia de la música que conoce, con un sentido muy similar al del hombre de nuestros días, la angustia del pluriempleo. Mahler es compositor de verano, como tantos otros son, hoy, poetas de noche, pintores de fin de semana o novelistas de horas extraordinarias. El caso de Mahler es análogo al de muchos artistas que viven en la sociedad capitalista de nuestro tiempo. No en balde Mahler es el último artista romántico. O si se quiere, el primer artista contemporáneo.

Un músico en el vértice de dos siglos

«Toda obra en la que se perciban sus límites exhala un hedor de muerte; esto es algo que, en materia de arte, no puedo en ningún caso soportar...». Gustav Mahler pretendía (y en cuanto sujeto activo de un devenir histórico casi lo logró) ser un creador sin límites. Heredero del más exacerbado romanticismo —recuérdese que bajo la influencia de los escritos de Wagner llegó, incluso, a convertirse en efímero vegetariano— y precursor inegable del atonalismo serial, Mahler se halló siempre instalado en una incómoda posición: la de eslabón transitorio entre dos estéticas, entre dos concepciones de la música, entre dos siglos. «Ningún otro compositor —ha indicado Marc Vignal— estuvo tan repartido como Mahler entre el siglo XIX y el siglo XX».

Sin embargo, no fue Mahler quien asestara al romanticismo el último golpe de gracia; el romanticismo moría —parafraseando a Rainer María Rilke— «de su propia muerte», y eran en todo caso los com-



La esposa de Gustav Mahler, Alma Schindler.

positores franceses (Erik Satie, Debussy, Dukas) quienes, curados ya de la «maladie enfantine» del wagnerismo, hacían la guerra por su cuenta y destruían los últimos escombros de la sensibilidad decimonónica.

Gustav Mahler fue testigo consciente de la agonía del romanticismo. Y no sólo en calidad de espectador, sino asumiendo personalmente las vicisitudes de aquella inevitable desintegración. «La trayectoria de Mahler —ha escrito el compositor y crítico argentino Juan Carlos Paz— condensa simbólicamente el ciclo romántico: exaltación dionisiaca, ditirambo nietzscheano de todas las energías vitales, enervante buceo introspectivo, interrogantes supremos, gran gesto trágico, duda heroica y renunciamiento y derrumbe finales». Este es, en síntesis, el camino que va de «Das Klagende Lied» —especie de leyenda mítico-popular situada en un medioevo concebido a la manera convencional de los primeros literatos románticos alemanes— hasta el famoso «Lied von der Erde» («Canto de la Tierra») o la «Novena Sinfonía», obras que, al agotar exhaustivamente unas posibilidades técnicas de expresión, delimitan una frontera estética a partir de la cual sólo es posible la innovación radical. El «Lied von der Erde» es, a fin de cuentas, el canto de cisne de un ciclo de la cultura europea, el último estertor de una «Belle Époque» cuya belleza habría de ser muy pronto mancillada por las explosiones de la guerra. «De ahí al atonalismo de Schönberg —señala Juan Carlos Paz— sólo quedaba un paso».

Tampoco llegó Mahler a penetrar en los nuevos postulados musicales de la escuela de Viena. Arnold Schönberg había regresado a su Viena natal en 1903; a partir de esa fecha desarrolló una intensa labor pedagógica y creadora, obstaculizada —como era de esperar— por los partidarios de las viejas formas musicales. Mahler, que experimentaba un afecto sincero hacia Schönberg y sus discípulos, admitía, sin compartirlas, las audacias de los nuevos compositores austriacos. «Yo tengo la costumbre —le dijo en cier-

CRONOLOGIA

HISTORIA	GUSTAV MAHLER	HISTORIA	GUSTAV MAHLER
1860 Campaña de Garibaldi. Lincoln, presidente de los Estados Unidos. Burckhardt: «Cultura del Renacimiento».	7 de julio: nace en Kalischt (Moravia). Hijo de Bernhard Mahler, vinatero judío, y Marie Hermann. Es el segundo de doce hermanos. En noviembre la familia se traslada a Jihlava.	1863 Muere Wagner en Venecia. Nacen Casella y Webern. Cantor: «Teoría de conjuntos».	Director de orquesta en Olmütz. Director del teatro de ópera de Cassel. Viajes a Bayreuth.
1866 Dostoyevsky: «Crimen y castigo».	Primeras lecciones de música con el maestro de capilla Viktorin.	1864 Guerra franco-china. De gas: «Planchadoras». Massenet: «Mignon».	Amores frustrados con la cantante Johanna Richter. «Lieder eines fahrenden Gesellen».
1870 Guerra franco-prusiana. Wagner: «Las Walkyrias».	13 de octubre: primer concierto público de piano en Jihlava.	1865 Guerra serbio-búlgara. Nace Alban Berg.	Director del teatro de Praga.
1875 Nacen Thomas Mann y Ravel. Bizet: «Carmen». Rimbaud: «Las Iluminaciones».	Ingresa en el Conservatorio de Viena. Amistad con Bruckner, Hugo Wolf, Hans Rott y Rudolf Krzyzanowsky.	1866 Muere Liszt.	Director del teatro de Leipzig.
1880 Muere Offenbach. Rodin: «El pensador».	Director de orquesta en el teatro de ópera de Hall (estación balnearia de Austria).	1868 Guillermo II, Emperador. Hertz: Ondas magnéticas. Van Gogh: «Autorretrato». Strauss: «Don Juan». Rimsky-Korsakoff: «Scheherazade». Tchaikovsky: «Quinta Sinfonía».	Primera audición de «Die drei Pintos», obra incompleta de Weber, terminada por Mahler. Amores con Marion von Weber, esposa del nieto de Weber. Crisis sentimental. «Primera Sinfonía». Director del teatro de ópera de Budapest.
1881 Pasteur comprueba el principio de inmunidad. Ibsen: «Espéctros». Tchaikovsky: «1812».	El Jurado del Premio Beethoven descalifica su obra «Das Klagende Lied». Director del teatro de ópera de Laibach (Slovenia).	1869 Nacen Chaplin y Hitler. II Internacional en París. Submarino de Peral.	Muerte de sus padres. Dirige en el teatro de Pest, sin éxito, la «Primera Sinfonía».

ta ocasión a Schönberg— de descifrar las partituras escritas en treinta pentagramas, pero los cuatro pentagramas de su Opus 7 me han proporcionado mucho más trabajo». (Dicho sea de paso, el «Primer cuarteto de cuerda Op. 7», de Schönberg, no era sino un simple anticipo, impregnado de wagnerianismo, de la futura reacción atonal.)

Pese a algunas mínimas reticencias, las relaciones entre Mahler y Schönberg sobrepasaron el tono de la mera y aparente cordialidad entre colegas. Aunque Mahler fue uno de los principales protagonistas de la agonía romántica, nunca pretendió arrastrar a los demás en su propia caída. Se ha escrito que, al final del estreno de la «Sinfonía de cámara Op. 9», de Schönberg, el público asistente prorrumpió en insultos y silbidos contra el autor de la obra; Mahler, que se hallaba presente en la sala, reclamó silencio y comenzó a aplaudir, y no cesó de aplaudir hasta que el último espectador disconforme hubo abandonado el local. De regreso a su hogar, Mahler confió a su esposa: «No comprendo la música de Schönberg; pero él es joven, y sin duda tiene razón. Yo soy viejo; acaso mi oreja no está hecha para oír esa música...».

Entre Wagner, por una parte, y Schönberg, por otra, se abre un vacío desolador: el que media entre el romanticismo y el expresionismo. Sobre ese vacío hay tendido un puente solitario: Mahler.

«Nun seh' ich wohl warum...»

«Ahora sé bien por qué...», Gustav Mahler está solo, aislado, desamparado entre dos siglos antagonicos. Solitario, también, entre los hom-



«Mahler es el último artista romántico o, si se quiere, el primer artista contemporáneo». A la derecha, su mascarilla mortuoria (1911).



GUSTAV MAHLER

bres. Conoció desde niño los dualismos irreductibles. «Mis padres estaban siempre como el agua y el fuego. Mi padre era la terquedad en persona; mi madre, la propia dulzura...». En medio de ambos, solo Gustav Mahler. Fue acostumbrándose a la soledad. Y a la muerte. Bernhard Mahler y Marie Hermann tuvieron doce hijos—Gustav ocupaba el segundo lugar—, y seis de ellos murieron sin haber alcanzado la juventud. Años más tarde, otro

hermano, Otto, músico como él, se suicidaba, dejando en los cajones de su mesa una desordenada colección de partituras incompletas.

Gustav Mahler se había casado con una mujer veinte años más joven que él: Alma Schindler. Era una muchacha increíblemente hermosa, culta, inteligente, muy dotada para la composición musical, y él la exigió que renunciase a todo. Alma Schindler aceptó el sacrificio, deslumbrada por la aureola de genia-

lidad que flotaba en torno al extraño músico judío. En 1902 nació su primera hija, María; el parto fue difícil—de los llamados vulgarmente «de nalgas», y Mahler comentó: «Mi hija hace muy bien: muestra inmediatamente al mundo el lado que se merece...». Pocos años después, Mahler componía los «Kindertotenlieder» («Cantos para niños muertos»), sobre poemas de Rückert, y Alma le recriminaba: «¡Por Dios, Gustav, estás jugando con fuego...!». Tres años más tarde, en 1907, moría la pequeña María. Anticipándose a todas las tragedias, Mahler había intuido, en uno de los «Kindertotenlieder», a qué precio pagaba su soledad: «Nun seh' ich wohl warum...» («Ahora sé bien por qué...»).

Quizá por eso, poco antes de su propia muerte, Mahler—según cuenta su biógrafo Marc Vignal— bromecía con su esposa: «Cuando yo reviente, tú serás un buen partido: joven y guapa... ¿Con quien podrías casarte? "Fulano" es demasiado aburrido; "Zutano", demasiado monótono... No tendré más remedio que quedarme contigo...». (No está de más recordar que, una vez muerto Mahler, Alma Schindler sería sucesivamente esposa de Walter Gropius y de Franz Werfel.) Posiblemente, Alma, callada, cercandó aún más de silencio al gran solitario agonizante. Gustav Mahler, austero y orgulloso, panteísta y ególatra, desengañado y lúcido, apátrida en el mundo entero, sabía que, en aquel trance supremo no tenía derecho a invocar a nadie. Mahler sólo había amado a la música. Y eso también lo sabía. Lo supo hasta el último instante de su vida. Hasta que pronunció su última palabra: «Mozart...». ■ S. R. S.

CRONOLOGIA

HISTORIA	GUSTAV MAHLER	HISTORIA	GUSTAV MAHLER
1890 Caída de Bismarck. Franck: «Sinfonía en re».	Viaje a Italia.	1901 Mann: «Buddenbrooks». Debussy: «Nocturnos». Muere Verdi.	Conoce a Alma Schindler (nacida en 1879), pianista e hija del célebre pintor Emil Schindler.
1891 Encíclica «Rerum Novarum». Nacen Cocteau y Prokofiev.	Director del teatro de ópera de Hamburgo. Viajes a Bayreuth y Noruega.	1902 Croce: «Estética». Schönberg: «Pelleas und Melisande».	Se casa con Alma Schindler. Conciertos en San Petersburgo. Termina la «Quinta Sinfonía».
1892 Martí funda el partido revolucionario en Cuba. Debussy: «L'après-midi d'un faune».	Dirige obras de Wagner en el Covent Garden, de Londres. «14 Lieder aus der Jugendzeit», sobre textos de Loander y Tirso de Molina.	1903 Muere Hugo Wolf.	Conoce a Arnold Schönberg.
1893 Verdi: «Falstaff». Mueren Tchaikovsky y Gounod.	Se instala en Salzkammergut. Visita a Brahms.	1904 Berg y Webern estudian en Viena con Schönberg. Ives: «Marzo 1776».	Concluye la «Sexta Sinfonía» y los cinco «Kindertotenlieder» sobre poemas de Rückert.
1894 Proceso Dreyfus en París. Dvorak: «Sinfonía del Nuevo Mundo».	Termina la «Segunda Sinfonía». Turbulentos amores con la cantante Anna von Mildenburg.	1905 Falla: «La vida breve».	Termina la «Séptima Sinfonía».
1895 Muerte de José Martí. Nace el cinematógrafo. Strauss: «Eulenspiegel». Nacen Hindemith y Orff.	Dirige en Hamburgo y Berlín sus dos primeras sinfonías. Suicidio de su hermano Otto, que deja varias partituras incompletas.	1907 Picasso: «Les demoiselles d'Avignon». Busson: «Nueva estética». Ravel: «Rapsodia española». Méliès: «20.000 leguas de viaje submarino».	Muere su hija María. Abandona la dirección de la Opera Imperial de Viena. Primeros síntomas de una lesión cardíaca. Comienza a dirigir conciertos en América todos los inviernos.
1896 Marconi: Radiotelegrafía. Puccini: «La Bohème».	Concluye la «Tercera Sinfonía» y los doce «Lieder von Knaben Wunderhorn».	1908 Rilke: «Nuevos poemas». Webern: «Pasacaglia, Op. 1». Berg: «Sonata, Op. 1». Bartok: «Cuarteto núm. 1».	Se instala durante los veranos en Toblach o Dobbiacco (Tiro), donde compone la «Octava Sinfonía» (llamada «de los mil») y el «Lied von der Erde».
1897 Rebelión en Cuba. Nacen Faulkner y Aragon. Muere Brahms. Ganivet: «Idealium Español». Dukas: «El aprendiz de brujo».	En Hamburgo se convierte al catolicismo y es bautizado. Es nombrado director de la Opera Imperial de Viena. Encuentro con Hugo Wolf, que se halla en un estado de total crisis neurótica.	1909 Marinetti: «Manifiesto futurista».	Compone la «Novena Sinfonía». Continúa dirigiendo conciertos en América.
1900 Freud: «Interpretación de los sueños». Schönberg: «Gurrelieder».	Termina la «Cuarta Sinfonía». Es además nombrado director de la Orquesta Filarmónica de Viena.	1910 Schönberg: «3 Microformas». Strawinsky: «El pájaro de fuego». Griffith: «Ramona».	Compone fragmentos de la «Décima Sinfonía». Viaje a Nueva York, donde dirige conciertos. Se agravan sus dolencias.
		1911 Schönberg: «Pierrot lunare». Thomas Mann comienza «La muerte en Venecia».	A comienzos de abril regresa a Europa. Muere en Viena el 18 de mayo. Es enterrado en el cementerio de Grinzing.